http://www.losinrocks.com/libros/entrevista-a-erri-de-luca#.VxoX9_nhC1s

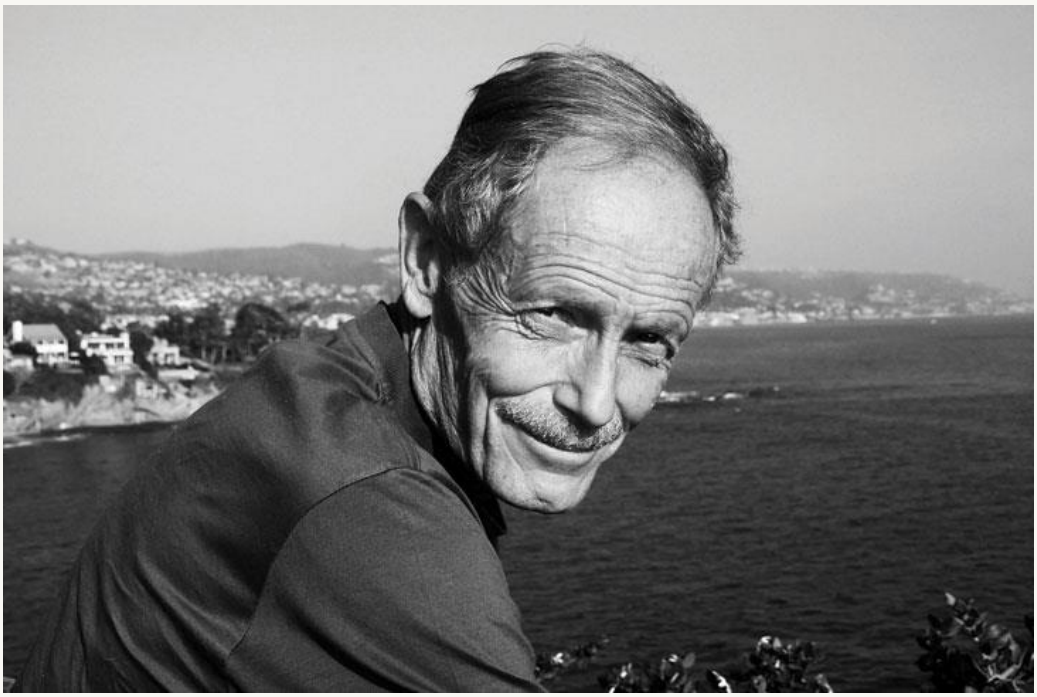
21/04/16 entrevistas > libros > noticias de libros

Entrevista a Erri de Luca

Entrañable, melancólico y autodidacta, el escritor italiano **Erri de Luca** –autor de más de veinticinco libros– visitó por primera vez Buenos Aires y habló con Los Inrockuptibles de las bases biográficas de sus obras, de su trabajo como operario de la Fiat, de su militancia juvenil, del alpinismo y de sus traducciones personales de la Biblia. Retrato de un autor sutil y contemporáneo, encandilado todavía por los brillos y las luces del pasado.

Por Valeria Tentoni / Foto Paola Porrini

1



"*Para mí, la escritura es una invocación de los ausentes. Yo no invento nada*", dice el italiano **Erri De Luca**, autor de más de cincuenta obras en las que sus sedimentos autobiográficos funcionan como materia prima. Su interés está puesto en las historias menores, explica, "*historias de resistencia doméstica*".

Nació en Montedidio a mediados del siglo pasado, y bautizó uno de sus libros más maravillosos con el nombre de ese barrio. Está ubicado en Nápoles, ciudad donde creció con el trasfondo de la posguerra, rodeado del griterío y el tufo. Lo único que sus padres pudieron salvar de los escombros fueron los libros; algunos terminaron en la biblioteca de la habitación en la que Erri dormía de chico y se convirtieron en su fuente de lectura. La primera historia la escuchó de boca de su mamá, mientras se recuperaba en cama de una escarlatina. "*Vivo en napolitano pero escribo en italiano*", aclara. A los dieciocho se fue a Roma y ya nunca volvió, pero ese escenario infantil regresa una y otra vez para sostener las pisadas de sus personajes.

Entre todas las cosas que hizo para ganarse la vida, trabajó como operario en la Fiat. En el viaje en colectivo a la fábrica devoraba libro tras libro. Ya por entonces su día arrancaba con la lectura de la Biblia. De hecho, en esta última década se ha dedicado a estudiar por su cuenta hebreo antiguo, y a la titánica tarea de traducir el Antiguo Testamento.

Empezó a publicar a fines de los 80, a sus casi cuarenta años, a instancias de una amiga que entró como empleada en la editorial **Feltrinelli** y acercó un texto suyo. Todavía edita con ellos sus libros, que se tradujeron a más de ¡veintitrés! idiomas y son leídos en todo el mundo. Y aunque en Buenos Aires no tenga tantos fanáticos como otros autores italianos más clásicos (Calvino, Tabucchi), De Luca es uno de los narradores europeos contemporáneos más importantes, galardonado con el Premio Petrarca en Alemania y el Femina Étranger en Francia. Sin embargo, dice que publicar no cambió su vida: pasó todavía otros siete años más trabajando en la fábrica después de su primer libro. También fue camionero y albañil. Construyó, con la ayuda de tres compañeros, su propia casa. Luego, solo, hizo los muebles que hay dentro. No escribe sobre ningún escritorio. Escribe sobre sus piernas, y a mano. La mesa, dice, se usa para comer.

> “Un escritor se forma leyendo un camión de libros, mirando por la ventana y escuchando las historias de los viejos.”

“Creo ser un fisonomista de montañas”, se lee en ***El crimen del soldado*** (Seix Barral). De Luca es –como otro autor de su generación, M. John Harrison; como otro escritor de su país, Dino Buzzati– alpinista. “Existen actos de fe física. Escalar una pared en solitario, sin protección alguna, es uno de ellos”, arroja en otra de sus novelas. Lo heredó de su padre. En la casa, en vez del feliz cumpleaños se entonaban coros alpinos. También canciones napolitanas. En algunas ocasiones, De Luca se presenta con su sobrina y las tocan en vivo.

Erri no es un nombre italiano, sino una deformación del inglés “Henry”: su abuela paterna era estadounidense. Algo de ese vaivén entre países se puede encontrar en su libro ***Los peces no cierran los ojos***: es la historia de un chico que pasa sus vacaciones en la playa, ayudando a su madre a completar crucigramas, mientras su padre viaja a visitar familiares a la patria de Ronald McDonald y manda cartas invitándolos a un futuro *american way of life*. Invitación que, claro, siempre rechazan.

“*Soy un ciudadano del Mediterráneo, un meridional del mundo*”, tuiteó hace unos meses. El autor de ***La palabra contraria*** comenzó su militancia en el Mayo Francés, vía la organización revolucionaria de izquierda Lotta Continua. Dice que la libertad es como un callo que se forma en los pies descalzos.

Toda esa vida junta, todas sus experiencias, están en su cara arrugada, en su piel de cartón, sonriendo a las nueve de la mañana. Hay un sol porteño perfecto de fin de verano, pero ni así se podría competir con los que cuelgan del cielo italiano día tras día. De Luca visita por primera vez Buenos Aires y se aloja a unas cuadras de la Plaza San Martín. Es una suerte que esté ahí y no cumpliendo los ocho meses de prisión que lo amenazaban en un proceso en su contra, ahora cerrado, por instigación al delito. Fue por manifestarse

a favor del sabotaje contra la línea de trenes de alta velocidad (TGV) que va de Turín a Lyon. El problema no era tanto el tren como la perforación de las montañas del Valle de Susa, repletas de amianto. Ahora está entre nosotros, como invitado de lujo de la Embajada, del Instituto Italiano de Cultura y de la Maestría en Escritura Creativa de la UNTREF, para participar de una conversación con María Negroni en la serie de Lecturas Frost. La sala era un volcán de gente que se amontonaba para escucharlo, abanicarse con vehemencia y hacerle preguntas en italiano amateur. Erri de Luca no solo no los defraudó, sino que entregó una lectura emotiva de un poema dedicado a su madre.

ENTREVISTA> ¿Qué idea tenías de la Argentina antes de llegar?
De la Argentina me interesa, primero, que vinieron muchísimos italianos. Pero conocí antes que nada su literatura. Inevitable e infaltable: Borges.

¿Te gusta Borges?
Me gusta mucho, al punto que lo considero el único escritor imprescindible del 1900. Borges es el único escritor obligatorio de ese siglo. Cuando lo leo me quedo siempre en la posición de lector, no me puedo pensar jamás como colega suyo.

Creo que eso nos pasa a todos…
Y así debe ser.

> “Un escritor se forma leyendo un camión de libros, mirando por la ventana y escuchando las historias de los viejos.”

De cualquier modo, en otras entrevistas dijiste que nunca leés como escritor.
Sí, es así. Pero con Borges es aún más intenso. Es que para mí hay una fuerte diferencia entre el lector y el escritor. Son dos aspectos

de mi vida que no se encuentran jamás. El lector no dialoga con el escritor, en mi experiencia. Están completamente separados.

¿Cómo fue tu formación?
Un escritor se forma leyendo un camión de libros, mirando por la ventana y escuchando las historias de los viejos.

En Nápoles escuchabas historias en boca de las mujeres, ¿no?
Sí, escuchaba a las mujeres napolitanas, pero también oía la materia de la ciudad. El tufo. El tufo es una materia literaria, una materia porosa que absorbe la vida. Comencé a escribir de chico, porque tengo cierta familiaridad con las historias. Descubrí que escribiendo historias me hacía buena compañía a mí mismo. Que era mejor que la compañía de los otros.

¿Cuál fue ese libro que te leyó tu mamá durante la escarlatina, el que mencionás en el poema que le dedicaste?
Los tres mosqueteros. Está relacionado para siempre con la voz de mi mamá y la fiebre. Los libros siempre se combinan con la circunstancia. El lector no es un recipiente en el que se vuelcan, es una contraparte del libro. Está delante, no debajo suyo. Se produce un intercambio entre el libro y su propia vida. Lo lee cuando está en el tren, en prisión, cuando está enfermo, cuando está en el baño, en un refugio en la montaña. Mezcla su propia vida con el libro y deviene una combinación. Es por eso que no recordamos los libros que nos han gustado, porque están entremezclados con nuestras vivencias. Se nos quedan bajo la piel, no en la memoria.

“Comencé a escribir de chico, porque tengo cierta familiaridad con las historias. Descubrí que escribiendo historias me hacía buena compañía a mí mismo. Que era mejor que la compañía de los otros.”

Leías camino a la fábrica.
Sí, en el colectivo. A la ida y a la vuelta. Era para mí un modo de salvar el tiempo, de no darlo por perdido.

¿Es cierto que leés la Biblia todas las mañanas?
Sí. Me topé con la Biblia hace unos treinta años. Estaba en un lugar en el que no había otros libros, la empecé a leer y me gustó. Y me gustó porque no era literatura… La literatura siempre quiere involucrar al lector, quiere que se identifique con los personajes. En la Biblia no: nadie se podría identificar con Moisés o con Abraham. La Biblia ignora al lector, no lo tiene para nada en cuenta. Me interesó justamente por eso. Quise leer el original, y para eso tuve que estudiar la gramática, el alfabeto. Todos los días me despierto y leo cualquier capítulo en hebreo antiguo, es una actividad cotidiana para mí. Y digo esto sin ser creyente: soy no creyente. Hago una distinción entre no creyente y ateo: ateo es quien excluye la divinidad de su vida y de la de los otros. Como no creyente, yo excluyo la divinidad de mi vida, pero no de la de los demás. Si una persona tiene fe, lo que yo creo es que tiene una relación, una intimidad que yo no tengo, con la divinidad.

¿Fuiste educado en la fe?
Recibí una educación católica, sí. Tomé la primera comunión… Pero no debo haber comulgado más de diez veces en mi vida.

¿Y en qué creés?
Me alcanza con creer en la vida. Creo en las personas. Al menos hasta que aparezca prueba de lo contrario. Es una suerte de confianza inicial, sujeta a verificación.

¿Pensás en el lector al escribir, lo tenés en cuenta?
Escribo para los ausentes. Escribo como si a mis espaldas estuviera mi padre. Hacia el final de su vida se quedó prácticamente ciego, así que leo lo que escribo en voz baja, para él. Mi padre vigila mi escritura. Si me paso demasiado, me hace una pernacchia, una burla con la boca, y yo me detengo.

“No invento, no. Porque soy vago. No me quiero poner a pensar historias, personajes… Soy un narrador de historias que ya están hechas.”

¿Cómo advertís esa burla?
¡Tenía una pernacchia fuertísima! Hacía temblar los vidrios.

¿Escuchás a tu papá?
Escucho la pernacchia de mi padre, sí. Muy fuerte.

¿Él llegó a leer algo en vida, alguno de tus libros?
Un solo. El primero. Se lo pude dar en mano. Al recibirlo lo abrió y metió la nariz en medio de las hojas. Lo olió. A partir de ese libro se hizo una idea distinta del destino de su hijo. Me fui de casa joven, estuve en la izquierda revolucionaria italiana, durante veinte años hice vida de operario, así que mi padre pensaba que yo iba a continuar ese camino.

¿Cómo se publicó ese primer libro?
Por casualidad, porque una amiga mía acababa de ser contratada en una casa editorial. Llevó un cuento mío, lo leyeron y quisieron editarlo. Me hicieron una propuesta, me pareció bien. No me cambió la vida. Mi trabajo siguió siendo el de obrero por unos siete años más.

¿Qué tipo de tarea hacías en la Fiat?
Tenía una plataforma con un torno, una cortadora de metal y una prensa. Trabajaba haciendo motores de camiones.

¿Tus compañeros leían tus libros?
No, no. Para ellos, que yo publicara libros era como cualquier otro hobby, una segunda actividad como las de los demás.

¿Cómo fue el ingreso al partido de izquierda Lotta Continua?
Yo era parte de un grupo autónomo, espontáneo, que se había formado en Roma. Hacíamos acciones en los barrios populares, ocupábamos casas vacías para gente sin techo. Después nos enteramos de que había una asociación llamada Lotta Continua y nos adherimos.

La idea de justicia circula mucho en tus historias. ¿Cómo se conformaba por entonces y cómo se completa ahora?
La justicia es un sentimiento fundamental. No es un compilado de artículos y leyes. La justicia es el primer sentimiento que se forma en la conciencia infantil. La primera objeción que un chico le hace al mundo de los adultos es “Esto no es justo”. No dice “No es bello” o “No es bueno”. Dice “No es justo”. Este sentimiento de justicia, que me he formado en la Nápoles de posguerra, era muy intenso. Lo veía a mi alrededor. Yo sí podía ir a la escuela, pero solo uno de los cinco hijos de la familia que vivía al lado de mi casa iba conmigo. Los otros tenían que trabajar. Nápoles tenía en ese momento la mayor tasa de mortalidad infantil de Europa. Existían estas diferencias, y estas diferencias son las que forman el sentimiento de justicia. Eso no ha cambiado. Sigo siendo un sentimental de la justicia.

“Escribo para los ausentes. Escribo como si a mis espaldas estuviera mi padre. Hacia el final de su vida se quedó prácticamente ciego, así que leo lo que escribo en voz baja, para él. Mi padre vigila mi escritura.”

¿Y la idea de la revolución como camino a la justicia?
La revolución era el paradigma del siglo pasado, pero terminó con nosotros: fuimos la última camada de revolucionarios del 1900. Es el instrumento político con el que se cambiaba el mundo. Se formaron Estados, se combatió el sistema del colonialismo, se derrocaron tiranías y reinos, desde Asia hasta América, desde África hasta el norte de Europa. Con Lotta Continua conocimos a todos los revolucionarios, inclusive a los argentinos que vinieron a vernos.

¿Tiene sentido pensar en una revolución, ahora?
No, ahora no. No hay una juventud que se sienta parte del mundo…

Vivís fuera de Roma, en el campo. ¿Te sirve la soledad?
Estoy acostumbrado.

¿Cómo comenzaste a hacer alpinismo?
Están las montañas ahí. Comencé a salir, vi que lo lograba, que conseguía subir, que mi cuerpo estaba hecho para escalar. Y continué haciéndolo.

¿Llegar a la cima se parece a terminar un libro?
No, escribir un libro es hacerse compañía con una historia. Escalar una montaña es un acto estúpido, inútil. Podrías llegar de otra manera, rodearla, ir por el sendero. Ya se ha encontrado antes el modo más fácil de subir, pero el alpinismo busca el punto más difícil, por eso digo que es estúpido. La bajada empareja la cosa y te devuelve al punto de partida.

Cantás canciones también…
Sí, bueno, digamos que maltrato una guitarra por ahí. ¡Pero es que para un napolitano es casi obligatorio cantar!

Repetís que trabajás con materiales autobiográficos, que no inventás nada… ¿Por qué?
No invento, no. Porque soy vago. No me quiero poner a pensar historias, personajes… Soy un narrador de historias que ya están hechas. En general parten de un recuerdo. Un pequeño recuerdo que me permite volver a estar con algunas personas, en cierto momento. A mí no me molesta que el mundo cambie, porque lo puedo reconstruir cuando lo recuerdo, habitarlo de nuevo, frecuentar a esas personas que ya no están.

-

El crimen del soldado
(Seix Barral) 112 páginas
Traducción de Carlos Gumpert

Los peces no cierran los ojos
(Seix Barral) 128 páginas
Traducción de Carlos Gumpert

TAGS: ENTREVISTAS | ERRI DE LUCA | NOTICIAS DE LIBROS | TAPA